

RAÚL VARELA Y EL COLEGIO INMACULADA CONCEPCIÓN DE TALCAHUANO



“A PESAR DE MI JUVENTUD, HICE UN GRAN TRABAJO”

Desde que Raúl Varela se tituló como ingeniero civil en 1937, han pasado poco más de setenta años y miles de historias. La más importante de todas es la que coprotagonizaron un terremoto, una monja y un colegio de Talcahuano: su primera obra.

Por Cristóbal Dumay • Foto Alexa Reyes



Inmediatamente después de egresar de la escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, el joven Raúl Varela Rodríguez, actual miembro del Grupo Alerce, viajó a Talcahuano invitado por un ex profesor de la universidad que había sido designado como nuevo director de puerto de la Armada de Chile. Al llegar a la VIII Región le delegaron su primera tarea: construir un espigón de atraque para las embarcaciones con la idea de mejorar la infraestructura portuaria.

Luego de trabajar esos primeros años como funcionario de la Armada, llegó 1941 con aires de cambios. “Constructora Varela: desde 1941”, dice el enunciado oficial de su empresa. Claro, porque fue entonces cuando asumió su primer encargo como constructor inmobiliario independiente.

Emplazar su primer edificio fue todo un desafío: “No había un arquitecto, no había otro ingeniero, ni mucho menos un director de obra en la construcción”, recuerda.

Un hecho clave en la dirección que tomó su vida había ocurrido dos años antes, en 1939, cuando un potente terremoto destruyó gran parte de la ciudad y sus alrededores. Raúl decidió quedarse para aportar a una zona en la que había pocos constructores. En un momento, una monja se le acercó. “Me pidió un colegio como encargo, ya que el anterior era muy precario. Era de madera y se estaba pudriendo. Además de los daños que le provocó el terremoto. Yo era un chiquillo de 23 años, pero hice un buen trabajo. Les hice los planos y construí el colegio. Esa fue mi primera obra y la primera vez que hice un edificio”, relata.

Según explica el propio constructor, el desafío de diseño no fue complicado. Aunque hubo una que otra peculiaridad durante el desarrollo de los planos, los que trabajó bajo la cautelosa mirada de la madre superiora. “Lo anecdótico del encargo eran las especificaciones en los servicios higiénicos. La monjita estaba preocupada de que los baños no estuvieran pegados para que no pudieran mirarse de un lado para otro. Y eso que eran puras

niñitas”, recuerda entre sonrisas.

Luego de 800 m² construidos y ocho meses de trabajo, el Colegio Inmaculada Concepción estuvo terminado. ¿Dificultades para construirlo? “Claro que las tuve. La tecnología es una palabra muy bonita, pero cuando construí el colegio no tenía nada de eso. Para elevar el concreto desde el primer al segundo piso, simplemente, lo hacíamos en una rampa de tablonos. Un tipo empujaba una carretilla por una enorme pendiente que se formaba de un piso al otro. Desde arriba otro tiraba la carretilla con un gancho. Entre los dos movían una carretilla a medio cargar para evitar que se le cayera mucha mezcla. Era todo muy precario. Pero quedó bien bonito el colegio”, dice.

En la actualidad el edificio aún existe. Incluso lo ampliaron. “El año pasado hice un viaje por tierra junto a dos de mis hijos que titulamos ‘El viaje del recuerdo’. Fuimos viendo las obras que hice desde Rancagua hasta Talcahuano. Me trajo muy lindos recuerdos. Talcahuano tal como lo conocí ya no existe; todo está muy cambiado, incluso el colegio ya no es el mismo”. **EC**